

MIGUEL HERNÁNDEZ y VALENTÍN GONZÁLEZ, 'EL CAMPESINO'

En su obra '*Hombres de la Primera Brigada Móvil de Choque*', Miguel Hernández le dedica estas palabras:

«El Campesino, cabeza principal de la brigada, lleva en su vida una larga historia de hombre de combate. Varón de Extremadura, se levanta contra el cielo ensangrentado de la guerra como un bloque viril y puro. Lo veo como un herrero forjador de templos heroicos, victorias, verdades y justicias. Su presencia de fortaleza y su aliento austero derriban como un huracán las debilidades y los robles que se le ponen por delante. A cada nueva ocasión da nuevas pruebas de inmensas capacidades de mando y de organización. Es uno de los dirigentes y defensores más apasionados del pueblo. Lleva muchas heridas por dentro, y no repara en las balas que le cuelgan sobre su piel blindada. En los momentos difíciles surge El Campesino con una voz emocionada y rotunda, una bomba y una pistola y una cara de comerse el mundo sobre las trincheras, y los fusiles marchitos recobran su gallardía fiera, y los movimientos contra el enemigo tienen efectos mortales y victoriosos. Apenas duerme; come con una mano y dispara con la otra; truena y relampaguea contra los cobardes, los retrasados y los bribones. Tiene una palabra que quema, unos ojos que petrifican y una barba revuelta y negra, que mete para convencer en todas las bocas y que es el terror de los alemanes»

"EL CAMPESINO"

Aquí, castigando el campo
con el pie, por las besanas,
entrañable como un surco,
crespo como un Guadarrama,
un hombre abundante de hombre
de un empujón se levanta.
Valentín tiene por nombre,
por boca un golpe de hacha,
por apellido González
y por horizonte España.

Aquí, entre muertos y heridos
y alrededor de las balas,
fieramente se pasea,
castellanamente habla.
Con el aire de sus hombros
la atmósfera se huracana.
Sus labores son de guerra
y de muerte sus campañas.
Ha matado muchas bestias
y quiere acabar la casta.

Su actitud de león,
negro el pelo, roja el alma,
recorre al sol de la pólvora
las anchuras castellanas,
y el corazón, de tan ancho,
se le sale por las mangas.
Lleva, como la madera
del noble y de la carrasca,
revuelta la sien oscura
y masculina la savia,
que por los tempestuosos
ojos le bulle y le salta.

Lleva el pecho como un monte,
lleva la boca con rabia,
y una ráfaga de sombra
dando vueltas a su barba.
Miradlo cómo reluce
cuando dice una palabra.
Ante este varón del pueblo,
hasta las piedras más bravas
débiles y sin defensa
se sienten y se desgranán.

La cobardía lo esquiva
y el valor duerme en su casa.
Hombres que seguís a este hombre
por laberintos que marchan
a páramos de derrota
y a viñas de triunfo y palma:
que sus cejas de coraje,

y su frente de arrogancia
y su piel de valentía
hallen eco en vuestra cara.

Con él ganaréis Castilla,
con él ganaréis España
a los de la morería
y a los de la canallada:
con él podremos ganar
toda la tierra del mapa.
Yo he de cantar sus proezas,
yo he de romper mi garganta
en alabanzas al pueblo
y al hombre de sus entrañas,
hasta que queden de mí
los restos de una guitarra.

Hombres que nunca veía,
porque no tengo bastantes
ojos para tanto ver,
cuerpo para tantas partes:
hombres que lejos de mí,
aunque hasta mí se acercasen,
vivían como eclipsados
bajo el eclipse del traje,
de repente se aproximan
a mis ojos, a mi carne,
a mi corazón poblado
de batallas y habitantes.
Se aproximan, se desnudan,
se desoscurecen y arden,
y para siempre en mi frente
graban la luz de su imagen.

Ayer te desconocía
en medio de los eriales,
de paso por las encinas,
en el resplandor del aire
y en el resplandor rabioso
de las bombas y los tanques.
Ayer no hacía memoria
de ti, teniente González.
Hoy te conozco y publico
tus ímpetus de oleaje,
tu sencillez de eucalipto,
tu corazón de combate,
digno de ser capitán,
digno de ser comandante.

Aquel día del enero
salió prometiendo sangre
al cielo de la mañana
y a la tierra de la tarde.

El alba pasó ante un grupo
forajido de alemanes,
carnívoro de italianos,
cagado de generales,
y el sol apuntó queriendo
inundarlos de vinagre.
La luz se halló entre cañones,
el rocío entre cadáveres,
el azul y sus laureles
y el valor entre encinares,
sobre las frentes erguidas,
sobre los huesos tajantes,
sobre la piel de una tropa
de campesinos leales.

Se oyó una voz torrencial,
se alzó un brazo detonante:
eran los de Valentín,
que como tres huracanes
campaba cuando decía:
¡Qué no retroceda nadie!
¡Que la muerte nos encuentre
yendo siempre hacia adelante
o dentro de las trincheras
firmes lo mismo que árboles;
a cada herida más fieros,
más duros a cada ataque,
más grandes a cada asalto
y a cada muerte más grandes!
¡Y al que ofrezca las espaldas
al enemigo, matadle!

La guerra se hermozeaba
al pie de sus ademanes.
Tronaron las baterías
nutridas de tempestades,
y la voz del Campesino
no cesaba de escucharse
ni de iluminarse el humo
de la pólvora salvaje.

El teniente de Leal,
González el admirable,
no apartaba de la oreja
aquella voz desbordante,
y echó en su puesto raíces
del heroísmo y de romance.

Por tres veces con tres plomos,
vino la muerte a buscarle:
tres heridas le clavaron
tres fusiles criminales,
y a pesar del enemigo,
y a pesar de los pesares,
su juventud parecía
una cumbre invulnerable,
una bandera invencible
y campeadora y gigante.

Cuando perdieron tus venas
fuerzas con que sustentarse
y la sangre te sonaba
por los bolsillos, González,
no pediste un hospital
como piden los cobardes,
que pediste una camilla
sobre la que reclinarte
para seguir disparando,
mandando fuego y coraje.

¡Mirad qué ademán tan alto,
mirad qué pecho tan fácil
al viento varón y extenso
de las generosidades!

Mujeres que vais al fondo
de la vida a haceros madres:
vuestros abrazos fecundos,
vuestros vientres palpitantes,
hombres de tanto tamaño
sólo merecen poblarles.
Llevan el pueblo en los huesos
y el mediodía en la sangre.

"Crónicas de la Guerra Civil"

Miguel Hernández